

Homenaje y nombramiento como Académico Honorífico del Ilmo. Sr. D. José María Martínez Urrea

*José Vicente Martínez-Urrea Dualde**

EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRISIMOS SRES. Y SRAS.
QUERIDOS COMPAÑEROS Y AMIGOS

Permítanme que sea yo en nombre de mi padre quien tome la palabra para agradecer a la Real Academia de Medicina y especialmente a su presidente el profesor Llombart la distinción que en este acto le conceden. El agradecimiento es aún mayor ya que este nombramiento le llega en un momento de su vida en que aún puede disfrutarlo y también porque generosa y amablemente la Real Academia de Medicina ha decidido celebrarlo Castellón, ciudad en la que mi padre ejerció prácticamente la totalidad de su carrera profesional.

Agradecer también su presencia y sus elogios al profesor Carmena, hijo del recordado profesor Miguel Carmena Villarta, que guió los primeros pasos de mi padre en el ejercicio de la medicina clínica y con quien mantuvo amistad toda su vida, y al doctor Vicente Ripolles amigo y compañero de trabajo durante largos años en la antigua Residencia Sanitaria del Sagrado Corazón, hoy Hospital General de Castellón.

Me gustaría compartir con vosotros, y permitidme que os tutee ya que estamos entre amigos y me sentiré más cómodo al hablar, la opinión, la imagen que tengo yo de mi padre como médico, algo que obviamente jamás le he dicho. Esta imagen se gestó en mis años de estudiante cuando le acompañaba regularmente durante las vacaciones de verano para pasar visita en la sala de medicina interna y hoy con el paso del tiempo no ha cambiado, es más, esta opinión se ha ido reforzando cada vez que le he visto actuar profesionalmente o nos hemos sentado para comentar temas médicos. Desde entonces su imagen me parece la de un médico de otra época, de otros tiempos, como dirían los ingleses un medico “old fashion”, un médico con un aura un poco renacentista - posiblemente esta aura renacentista acrecentada por su gran afición a la pintura y al arte - Y esta imagen se basaba en la extensión de sus conocimientos, en su forma de aproximarse al paciente, de explorarlo, de buscar los signos de enfermedad y en su actitud ética.

Siempre me ha parecido un medico sorprendente, que sabía de todo o casi de todo. Me diréis, y con razón, que realmente eso es un internista, un médico que sabe casi de todo; pero él ha sido un tipo de internista muy especial, un internista con “pluses” difíciles de encontrar en otros internistas.

Un internista que surge, primero, de un estudiante excepcional. El profesor Carmena nos ha comentado que estudió con la única beca de la Diputación, una beca a la que deberíamos llamar “LA BECA” con mayúsculas puesto que la disfrutaba el alumno hasta finalizar sus estudios y solo después se concedía a otro estudiante. Lo que el profesor Carmena probablemente no conoce son los requisitos para mantener esa beca: sacar un mínimo de sobresaliente en todas las asignaturas del año, a excepción de una en que podía tener notable.

Es un médico que surge también del médico rural. De una medicina rural ejercida en soledad y sin apoyos, lo que obligaba a practicar una medicina integral. Los restos arqueológicos de esta medicina integral aun se encuentran en el desván de la casa, como el material de obstetricia o el pequeño microscopio que empleaba para estudiar las preparaciones hematológicas de sus pacientes.

Y por último el médico formado en las salas de medicina interna de dos grandes clínicos como eran el profesor Carmena y el doctor Atava.

Y os decía que era un internista especial, con “pluses”, porque no es habitual que un internista pueda atender un parto complicado, realizar todas las técnicas en la sala de respiratorio, ser responsable de la única consulta de alergia en toda la provincia, actuar de pediatra y como consultor de otros pediatras, sea capaz de ponerse al microscopio y diagnosticar el tipo de alteración hematológica de un paciente o actuar como dermatólogo de referencia del hospital cuando no existía especialista.

Si dicen que el ejercicio de la medicina tiene parte de ciencia y parte de arte creo que no he conocido a ningún médico en el que la parte de arte se manifieste tan claramente, muy probablemente debido a su capacidad de observación y a su visión práctica de los problemas. Recuerdo una anécdota de aquellos años en que le acompañaba como estudiante que muestra claramente esta capacidad de observación. La anécdota es absolutamente real. Pasando visita una mañana, él como jefe clínico consultor, los adjuntos, los residentes y yo como estudiante añadido al grupo, entramos en una de las antiguas habitaciones de la Residencia Sanitaria que como recordaréis tenían tres o cuatro camas. Apenas unos segundos después de entrar en la habitación se gira hacia nosotros y comenta... “el de la cama 3 (es decir la cama del fondo) tiene cara de hipogonadismo. Id a comprobarlo” (realmente dijo “vayan a comprobarlo” porque trataba a casi todos de usted); y allá fueron los residentes y yo detrás, a bajar los pantalones de aquel buen hombre ingresado por otro motivo, para comprobar que efectivamente su sospecha era correcta.

Un aspecto de su forma de entender la medicina que muchos desconocéis y que contribuye a esa aura de médico de otra época, es su extraordinariamente estricto concepto de la ética profesional. Una ética que comenzaba con el respeto y

dedicación absolutos hacia el paciente pero que se extendía a su comportamiento en todos los aspectos profesionales, de forma que era infrecuente verlo en comidas o cenas patrocinadas por empresas farmacéuticas, desaprobaba enérgicamente los anuncios médicos en medios de comunicación y rechazaba cualquier obsequio, aunque fuera insignificante, si creía que podía limitar mínimamente su libertad profesional.

Un último detalle que me gustaría comentaros de su carácter es, su escasa vanidad profesional. Cuando acabó sus estudios el profesor Carmena le ofreció quedarse junto a él. Rechazó la oferta, truncando lo que podía haber sido una brillante carrera universitaria, y decidió ejercer como médico rural porque se sentía en deuda con sus padres y quería ayudar en la economía familiar. Desde entonces hasta hoy ha seguido siempre caminando en esa misma senda, dando la importancia justa a curriculum, jefaturas, títulos y honores. Los reconocimientos que ha obtenido como el de hoy, han sido casi siempre propuestos o sugeridos por otros compañeros.

Creo que ha sido un excelente médico, enamorado de su profesión, que ha ejercido con enorme honestidad. Y aun hoy, cuando las lagunas de su memoria van ganando terreno, es posible sentarse con él para hablar de medicina y comprobar cómo se le ilumina la cara.

Papá enhorabuena porque te lo mereces.

Profesor Llombart gracias por otorgarle esta distinción.

Y a todos vosotros gracias por acompañarle.